

ROGELIO RODRÍGUEZ CORONEL /

UN TESTIMONIO DE LUZ

(Epílogo de *Inquilinos de la soledad*, de Aitana Alberti. Ediciones Unión, La Habana, 2006)

Amparada por la memoria y por la imaginación, heredera de un irradiante linaje espiritual, Aitana Alberti León acude a la narrativa para dejar constancia de sus figuraciones, de lo que probablemente fue o pudo haber sido, siempre de lo que es, en un instante en que la vida de los suyos sufrió una peripecia que marcó derroteros en el porvenir.

Tres relatos componen *Inquilinos de la soledad*, unidos por sutiles y diferentes hilos dramáticos que tejen el exilio o el retorno, nombres recurrentes y el tiempo.

El tiempo señorea en cada uno de ellos desde instancias múltiples: como remembranza de una experiencia del personaje o del narrador, como acontecimiento histórico reanimado, como pivote estructural de la trama. Pero, sobre todo, como antagonista bifronte: en él se anidaron los hechos, pero él mismo se ha encargado de desdibujarlos, de fragmentarlos, razón por la cual es menester asistirse de la ficción para hurgar en lo sustantivo e indisoluble.

La caída de la República española fue el origen de la quiebra, y hacia diversas latitudes salieron a cobijarse hombres y mujeres que empeñaron sus vidas en cambiar el mundo. Frustrados, extrañados, sólo guardan los recuerdos como signo de identidad, y el amor y la amistad como regocijo.

“Cada pequeñísima traza del pasado importa. (...) La historia viva, muere”, se dice casi al final de “En las nubes no hay nadie”, el primer relato. Las crónicas históricas registran sólo hechos con mayor o menor simpatía, con algunos ocultamientos o revelaciones que dependen de la mirada del escritor; sin dudas, es también una narración interesada. Pero, ¿dónde quedan las ensoñaciones, las múltiples asociaciones temporales o espaciales del hombre envuelto en los avatares históricos, dónde la vivencia intransferible? Para otorgarles fijeza a través de la escritura se precisa otro espacio donde comulguen historia y ficción a través de una voz unificadora.

Este primer relato posee señas autobiográficas: el retorno de Rafael Alberti y María Teresa León a Madrid, acompañados de su hija Aitana, después de casi cuarenta años de exilio.

Numerosas son las referencias documentales, incluso datos exactos, como el día y hora en que el vuelo 364 procedente de Roma llega a Barajas; sin embargo, lo que interesa es la recuperación de una memoria más honda, el cotejo de los tiempos, la vivificación de una historia que no aparece en los libros, imposible de registrar. Por suerte de una hábil estructuración del discurso narrativo, el hecho documental se convierte en pórtico a una dimensión más subjetiva, de continuas relaciones espaciales y temporales, evocaciones y remembranzas que nutren una experiencia única y a la vez plural. Por estas vías, los personajes históricos se convierten en personajes literarios, pero conservan toda la significación social y cultural que poseen; este nuevo estado ficcional facilita la indagación en estratos subjetivos relevantes, promueve la personalización del hecho histórico y, por ende, su expresión intelectual y emotiva.

La consecución de ese recinto literario de tantas implicaciones debe haber sido el reto mayor para la autora de este volumen, no sólo por su presencia en la trama y su conversión en personaje —lo cual no es nada inédito—, sino por el distanciamiento que hay que lograr para una realización de esta índole. Convertir en materia literaria experiencias entrañables, y aún asumir las de los suyos, sólo es prerrogativa del talento y de la destreza en el uso de la palabra y de las formas narrativas.

Aitana Alberti, poeta, encontró la manera, en este primer relato, a través de un narrador en tercera persona, dueño de un registro poético que perfuma la atmósfera de recuerdos de la niñez y adolescencia del padre y de la madre. “Cuando la memoria se ha convertido en una superficie resbaladiza, traicionera, imposible de plegar a nuestros requerimientos”, esta voz creada es capaz de establecer continuidades entre momentos diversos, de invocar nombres que llenan una época, como Federico García Lorca, Pablo Neruda y Delia del Carril, Manuel Altolaguirre o Miguel Hernández, presentes ahora en el Madrid recuperado por los Alberti.

Al final, dos enigmas. Uno perceptible: “—¿Dónde, dónde está mi caballo blanco?”, pregunta una María Teresa León joven y bellísima, en clara alusión intertextual a su cuento “Por aquí, por allá”, publicado en *Fábulas del tiempo amargo* (1962). En él, la narradora-protagonista sueña que vuela en un caballo blanco sobre todo el territorio de una España donde “el ruiseñor cantará para todos, nos sentaremos en una mesa, comeremos de un pan...”

El otro, sólo el lector curioso puede advertirlo. El relato fue concluido el 24 de junio de 2004, día de San Juan. Las tres narraciones que componen el volumen están datadas, pero sólo “En las nubes no hay nadie”, donde la voz autoral se enmascara en un

narrador cómplice para brindar testimonio, parece la nominación del día en que fue concluido. ¿Será acaso el azar concurrente lezamiano? En el *Evangelio según san Juan*, aparece el siguiente fragmento (1, 3-9) sobre el poder de la palabra:

³*Todo se hizo por ella
y sin ella no se hizo nada de cuanto
existe.*

⁴*En ella estaba la vida
y la vida era la luz de los hombres,
⁵y la luz brilla en las tinieblas,
y las tinieblas no la vencieron.*

⁶*Hubo un hombre, enviado por Dios:
se llamaba Juan.*

⁷*Este vino para un testimonio,
para dar testimonio de la luz,
para que todos creyeran por él.*

⁸*No era él la luz,
sino quien debía dar testimonio de la
luz.*

⁹*La Palabra era la luz verdadera
que ilumina a todo hombre
que viene a este mundo.*

Y la palabra es la mejor amiga de Aitana Alberti para iluminarnos.

El segundo relato, “Con los ojos del viento”, se apoya en un motivo recurrente en el anterior: el deseo de la niña de conocer a Nana.. “En las nubes no hay nadie” parte de la historia para ficcionalizarla y descubrir otras magnitudes, “Con los ojos del viento” surge de la ficción para radicarse en lo histórico. La narración cambia su modo y se enuncia mayormente desde la primera persona: Nana, personaje ficticio, andaluza y tonadillera, brinda testimonio de los tiempos de la Guerra por la República, particularmente de la resistencia al fascismo, de la heroicidad de aquellos jóvenes y de las Guerrillas del Teatro fundadas por María Teresa León. Las alusiones a momentos que han quedado como iconos de la barbarie —como el asesinato de Lorca— y la

exposición de la trayectoria vital del propio personaje desvelan los fundamentos populares de la contienda republicana. Luego, como complemento, toma la voz Salvador, personaje real ficcionalizado, y como conclusión un narrador en tercera persona nos devuelve al presente y cierra la escena de “dos ancianos y una mujer joven ensimismados en una historia antigua”.

Todo el texto deviene pieza teatral, compuesta por núcleos dramáticos significados por la memoria. Aquí y allá alguna seña a Buñuel y a Saura en ese entreverar de dolor y gracia característico del discurso de Nana.

El último relato, que da título a todo el volumen, se distancia en la anécdota de los dos primeros, pero no en su sentido más esencial. Todo en él es ficción, aun aquello que aparenta ser documento, como el *Diario* que se intercala, pero su referencialidad histórica es vasta en nombres (José Balmes, Leopoldo Castedo, José Machado —hermano del gran Don Antonio—, Vicente Salas Viú, entre otros; la pintora Roser Brau y nuevamente Neruda, una presencia constante en los tres relatos), en lugares geográficos y circunstancias reales que diseñan la experiencia de este exiliado —de cualquier exiliado— llegado en el vapor “Winnipeg” a América después de la derrota.

El peregrinaje eterno del exiliado, del *inquilino de la soledad*, como lo llamó Juan Gelman, se simboliza en un viaje en tren desde Chile a Mendoza, Argentina, recorrido que el protagonista presume eterno. Un narrador omnisciente ofrece el presente, fragmentos de un diario apócrifo brindan al lector los antecedentes de la travesía a través del Atlántico y la llegada a Chile del personaje. Sin embargo, en medio de este calvario, del desarraigo y de la extrañeza, emergen dos bálsamos: la solidaridad y el amor, que en verdad son sólo uno.

Muchas son las muestras de respaldo que recibe el protagonista en el encuentro con una tierra que le da abrigo después de haber presenciado la muerte y la desolación, pero el apoyo mayor lo recibe de un médico judío alemán que lo asiste en una dolencia durante el viaje; en este encuentro, la autora fusiona, de manera subyacente, dos arquetipos de exiliados —probablemente los más dolorosos del siglo XX— y los hermanos. El amor, venero reconfortante, surge de la protección que le brinda una mujer al personaje en su malestar físico; ella también vive en tierra ajena, en Chile, y regresa a Mendoza al velorio de su madre; ambos son huérfanos. Se llama Amelia, como el amor imposible del personaje del primer relato, como la monja del segundo.

En la unión final del protagonista con Amelia se consuma el trazado de un tríptico sobre los encuentros y desencuentros del hombre con su destino, con circunstancias que lo

arrastran como hoja en el viento; y sólo tiene, como primordial asidero, al amor. Eso es *Inquilino de la soledad*, de Aitana Alberti, un tríptico sobre las variadas formas del amor, luminosidad suprema, en medio de tantas tinieblas.